

Lo sagrado y Occidente. Reflexiones preliminares sobre un concepto olvidado

*Benoît Neiss*¹

El término «sagrado», sin duda, no ha caído en desuso; más bien se observa lo contrario, ya que aparece a diario en carteles de conciertos, guías de museos o exposiciones, y prolifera a cada paso en las crónicas periodísticas, en relación con todo y con cualquier cosa. Precisamente, se trata de una palabra que se ha vuelto común, insustancial, sin peso ni profundidad, siguiendo así el destino de muchas realidades que antaño estaban rodeadas de veneración y se contemplaban desde la distancia, y que ahora yacen en la cubierta, «en medio de los abucheos», como el albatros de Baudelaire. La palabra es conocida, pero ¿quién conoce aún el concepto en sí mismo, su verdadero significado?

¿Se nos permitirá, «antes» de abordar las cuestiones litúrgicas aquí debatidas, proponer una reflexión sobre los principios mismos de lo sagrado, sobre los fundamentos de un concepto que no deja de sorprendernos por permanecer generalmente en una vaguedad persistente en las mentes, nunca verdaderamente aclarado, delimitado ni definido, y que, por ello, es causa de errores y contrasentidos incesantes? Mostrémonos, como Valéry, «impacientes ante lo vago» y emprendamos una anábasis, es decir, un ascenso, un retorno a las fuentes más allá de las laderas por las que hemos descendido durante dos o incluso cuatro siglos. Oh, no es fácil entregarse a semejante ejercicio, que repugna instintivamente a la conciencia moderna, inclinada hacia el culto al progreso, imbuida de su superioridad y siempre dispuesta a tachar de arqueologismo, de cultura del pasado o de mentalidad conservadora el más mínimo esfuerzo que se intente en este sentido.

Timor Domini

Lo sagrado pagano, como se ha repetido a menudo, está estrechamente ligado al terror que inspiraban las divinidades representadas (basta pensar en las representaciones de los dioses orientales o precolombinos de América, y no dejará de conmovernos la visión de esas imágenes con muecas, muy propias para inspirar pavor). El Antiguo Testamento no se queda atrás en este aspecto, pero el Nuevo tampoco ha borrado de un plumazo esta realidad: ¿acaso no cantamos todos los domingos en las vísperas: «initium sapientiae timor Domini» (el principio de la sabiduría es el temor del Señor)? ¿O en el prefacio común de la misa, que ante la majestad del Todopoderoso «tremunt potestates» (las Potestades se postran temblando)? Aún hoy, en una de las piezas más rebosantes de alegría del repertorio gregoriano, el «Jubilare Deo», se dice: «narrabo vobis, omnes qui timetis Deum... ». ¿Qué significa esto, si no que la experiencia que todo hombre tiene de lo

¹ Actas VIII. Versalles. Del 8 al 10 de noviembre de 2002.

divino comienza por el temor reverencial ante una realidad que le supera infinitamente, incluso cuando, gracias a la fe y a las luces consoladoras que le brinda la Revelación, se le permite nombrar a esa divinidad? Lo sagrado no existe sin el requisito previo del temor que el hombre siente ante lo que le supera. Hoy en día está de moda negar tal evidencia, cuando la antropología nos convence de que así fue durante milenios y en toda civilización digna de ese nombre; no se construye nada sobrenatural sobre un fundamento que contradiga la ley natural y la intuición que han tenido todas las épocas, según la cual el orden humano se detiene allí donde comienza el ámbito divino.

El término «sagrado» significa, precisamente y etimológicamente, «lo que es distinto de lo profano, separado» y, por consiguiente, «consagrado a la divinidad». En el espacio, se aplica a un sector delimitado, sustraído de los gestos y las ocupaciones de la vida cotidiana, y que se reserva para los actos religiosos, para los gestos dirigidos a los poderes celestiales. La raíz indoeuropea *SCR* contiene la idea de separación, de frontera, de corte que distingue áreas diferentes, ámbitos radicalmente excluyentes entre sí. Sin necesidad siquiera de remontarnos a los griegos arcaicos o a los egipcios, sabemos que entre los etruscos —quienes enseñaron a los romanos todo lo que estos llegarían a saber en materia religiosa—, los primeros santuarios, *templa*, no eran más que claros recortados en el bosque, desde donde el sacerdote observaba los signos enviados por los Inmortales, en este caso el vuelo de las aves. Esos rectángulos abiertos en el bosque no podían ser pisados por ningún pie ni utilizados con fines profanos; estaban destinados exclusivamente al acto de *contemplari*, es decir, a dirigir hacia el cielo la mirada de una persona investida de ese poder. En los términos prerromanos *lucus* (lugar consagrado), *numen* (poder divino) o incluso *omen* (presagio, signo del cielo), tal y como aparecen en las denominaciones, los mitos y las doctrinas de muchas tradiciones espirituales, encontramos el rastro y la idea de un umbral terrible, de un dominio custodiado por dragones, por dioses guardianes o por ángeles apostados en las fronteras que separan el orden común de lo no humano, algo a lo que da miedo acercarse. El profano no puede pisar, so pena de muerte, el suelo de un territorio sagrado, pues no se puede acercarse a lo divino sin morir. El mito de la fundación de Roma es, en este sentido, ejemplar, ya que nos cuenta que Remo, al no tomarse en serio el recinto sagrado trazado en el suelo por Rómulo, tuvo la osadía de saltar por encima del surco y tuvo que perecer por el sacrilegio cometido. En la Biblia, del mismo modo, Moisés oyó decir al acercarse a la zarza ardiente: «No te acerques hasta aquí; quítate las sandalias de los pies, pues el lugar en el que te encuentras es tierra santa»; pensemos también en el destino de aquellos que se atrevieron a tocar el Arca de la Alianza, aunque fuera con buena intención, y que cayeron fulminados.

«El otro orden y superior»

Lo sagrado evoca, además, un cambio de nivel, ese «otro orden y superior», como lo llamaba Pascal, que es el lugar donde aparece lo que es totalmente distinto de lo humano, ya se trate de un texto inspirado, por lo tanto dictado por una instancia superior, de una forma revelada (la del Templo de Jerusalén o del Arca de Noé, cuyas medidas había indicado el propio Dios), de un cuadro (el modelo representado en el Mandilión, en el Santo Sudario o en la famosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que no es de origen humano) o incluso de una pieza musical (todo el mundo ha visto alguna representación antigua de San Gregorio, representado con una paloma en el hombro, que simboliza al Espíritu Santo inspirándole las melodías que compone). El guerrero griego de la epopeya homérica, que se reconoce sometido a la ley de los Inmortales, el animista de todas las culturas arcaicas que rinde culto a los poderes superiores o a los antepasados son, a fin de cuentas, mucho más dignos de estima que el cristiano pretencioso de la época actual, siempre apresurado a rebajar las realidades religiosas al nivel de lo humano, de lo cotidiano, de lo familiar. La primera de las «intuiciones precristianas» de las que hablaba Simone Weil consiste quizá, esencialmente, en la conciencia de una trascendencia, la cual nos sitúa infinitamente por debajo de la realidad divina, sea cual sea, en un principio, el contenido que se le atribuya a esta. La oración por excelencia de la Nueva Alianza, la más autorizada, ya que el propio Verbo la formuló para permitir a los hombres invocar al Altísimo, le da ciertamente a este el nombre de «Padre», pero añade inmediatamente: «que estás en los cielos», y luego indica como primera petición y, por tanto, como condición y requisito previo de todas las demás: «santificado sea tu nombre ». ¿Cómo subrayar mejor la distancia, la frontera sagrada que nunca debemos olvidar entre nosotros y ese Padre, y el deber absoluto que nos incumbe de rendirle homenaje mediante la adoración, la postración y la conciencia de nuestra pequeñez ante Su inconmensurable grandeza? Un novelista del siglo XX, hoy en día demasiado desconocido, Joseph Malègue, describió así la experiencia de la criatura que toma conciencia de esta distancia: «De rodillas, se postró en su interior, cayó al suelo, trazó un círculo en el suelo, con la cabeza tocando sus rodillas, aplastado, en un aniquilamiento sin nombre. Era el grano de arena de los textos bíblicos, un grano de arena consciente que había visto ante sí toda la orilla, todo el mar y, más allá, el planeta; y más allá aún, la envergadura demencial del espacio, y en el más allá supremo, al Rey de todos los Absolutos, o según la fórmula que a él le gustaba: «Aquel que se ha hecho Dios».

En definitiva, todo lo sagrado y auténtico posee un carácter de universalidad, común a toda la tradición espiritual de la humanidad; por lo tanto, precede y trasciende las fronteras de las religiones particulares, las características de una época determinada, así como, por otra parte, los límites del ser individual, singularmente los particularismos —estábamos a punto de escribir: las estrecheces —que el hombre moderno considera inseparables de la conciencia que tiene de sí

mismo: subjetivismo, sentimentalismo, espontaneidad, orgullo de su superioridad sobre el pasado, etc... Por esta razón, lo sagrado siempre se ha manifestado en formas hieráticas, rituales, nobles y deliberadamente anónimas, rechazando el individualismo y lo anecdótico, al igual que lo hace, por su parte, la ley que ordena el universo, ley de la que lo sagrado busca ser reflejo.

Desde esta perspectiva, la arquitectura sagrada, lejos de ser la expresión del alma o del temperamento de un artista, por muy genial que sea, cristaliza, por el contrario, en sus líneas y volúmenes los ciclos celestes. Su objetivo no consiste, en primer lugar —como se suele imaginar—, en ser utilitaria o funcional en el sentido moderno de estos términos, sino que reside en organizar el espacio según una topografía ritual, de modo que las fuerzas de lo Alto puedan descender a él y ejercer allí su acción. A continuación, una vez cumplidas estas condiciones, el lugar así construido puede servir de marco para el culto, albergar la oración, la invocación, la procesión y el sacrificio. Es en este sentido en el que hablamos de un carácter universal que trasciende las formas particulares de una religión determinada. Antes de que el fiel pueda entregarse a la oración, sea cual sea su confesión, es necesario crear a su alrededor las condiciones fundamentales indispensables para que la oración sea posible, es decir, establecer un marco adecuado para el acto de orar. Ciertamente, las modalidades arquitectónicas varían según las épocas, ya que dependen de la estética, de la Weltanschauung y de los medios de que dispone cada generación, pero el imperativo sigue siendo el mismo, independientemente del periodo histórico que se considere. Los creyentes modernos, imbuidos de racionalismo, imaginan en su miopía que basta con formular una petición de cualquier forma (¿porque proviene de ellos mismos?) para que el cielo se vea obligado a escucharla. Del mismo modo, la música sacra no tiene por función permitir que los asistentes «se expresen», y mucho menos ocupar o distraer piadosamente los espíritus llenando los inevitables momentos de pausa de un culto. Su función principal es arrancar al individuo o al grupo de la duración discontinua, humana y profana para transportarlos a otro tiempo, a la duración sagrada, elevando a los seres hasta el plano en el que lo humano puede entrar en relación con lo divino. La música de este tipo opera en su orden como la arquitectura, midiendo los ciclos del tiempo y abriendo en ellos el alma del oyente, lejos de traducir las ideas de un compositor concreto o los estados de ánimo momentáneos de un grupo social.

La religión de la hoja suelta

Así definido, lo sagrado resulta, como se admitirá, difícil de percibir —o de tolerar— por la mentalidad contemporánea, que se niega a aceptar una frontera que limite su poder de investigación y la propia existencia de algún territorio custodiado por un ángel con espada de fuego, donde su propia razón, su acción y su poder ya no tendrían voz ni voto. El Prometeo que habita en nuestra

civilización rechaza la idea de que existan realidades de las que no seamos nosotros los inventores o los destinatarios últimos.

Dado que lo sagrado es, en definitiva, la forma en que los hombres se representan y concretan aquí en la tierra lo divino, lo absoluto y lo eterno, se aprecia fácilmente hasta qué punto la mayoría de las prácticas culturales actuales se han alejado de ello. Pensamos en el abandono generalizado (en Occidente) del atuendo, de la lengua litúrgica, de las formas específicas de expresión artística, de los ritos y cánones tradicionales y, por último, de los libros (sacramentario, pontifical, misal parroquial...) todos estos abandonos culminan en el uso de hojas fotocopias, que varían de un domingo a otro, de una ciudad a otra, de una parroquia a otra, lo que supone el triunfo de lo instantáneo, lo fugaz y lo perpetuamente efímero. Hemos llegado a la era de lo que podríamos llamar la religión de la hoja suelta. Es entonces cuando nos encontramos ante la ilustración perfecta de lo que deseaba un gran dramaturgo al comienzo de una de sus obras: «¡Todo debe parecer provisional, en marcha, chapucero, incoherente, improvisado con entusiasmo!»

A esto conduce la ingenua creencia de que solo lo que cambia está vivo, de que todo rito, al estar congelado, no es más que algo muerto, y de que una religión viva debe inventar sin cesar sus formas de expresión y, sobre todo, parecerse a los gestos banales del día a día, al paisaje habitual del barrio, al nivel en el que se desarrollan las manifestaciones cotidianas de la vida común.

Salir de nuestro letargo

Durante mucho tiempo, Occidente poseyó un carácter sagrado aún más completo, más profundo y auténtico que el de Oriente, donde algunos consideran oportuno confinarlo exclusivamente. Bajo los embates del Renacimiento —que Chesterton prefería llamar «la recaída»—, ese sagrado se fue desmoronando poco a poco, para luego disiparse bajo la acción del ácido vertido por la Ilustración y, finalmente, desaparecer casi por completo bajo las olas del cientificismo racionalista de los siglos XIX y XX. Es cierto que ha habido trabajos considerables de filósofos, etnólogos, mitólogos e investigadores de todos los ámbitos que han renovado para nosotros la cuestión del estatus e incluso de la definición de lo sagrado, pero nada ha servido: tanto las élites religiosas como los gobernantes seculares se han visto irresistiblemente impregnados por el virus de la sospecha, la duda y la negación. Desde entonces, Occidente se desmorona por completo, porque se ha liberado de lo sagrado, que siempre y en todas partes ha representado el alma del alma, el principio más profundo de la identidad de una sociedad. Luchar contra lo sagrado se asemeja a las vastas campañas de deforestación que a veces han llevado a cabo los hombres: la salinidad del suelo puede volverse irreversible, como muestra el famoso ejemplo de la puszta húngara. De hecho, los suelos del interior pueden volverse tan estériles como los espacios del campo exterior cuando se les priva de su vegetación natural. Cuando lo sagrado es erradicado de la psique colectiva, se produce en el

organismo social una descalcificación análoga a la que sufre un cuerpo humano que carece de las vitaminas necesarias. ¿No deberíamos cambiar la famosa fórmula de Goya y escribir, en lugar de «el sueño de la razón», «el sueño de lo sagrado produce monstruos»? Sí, el olvido de lo sagrado engendra monstruosidades, pues lo sagrado es siempre fundacional; sobre él se edifican un pueblo, una historia, una civilización, y no sobre la razón, una ideología o una ciencia; cuando ese fundamento se debilita, un pueblo pierde su salud y se inclina hacia la decadencia.

Esto es lo que nos enseña constantemente la Historia. Se suele hacernos admirar el genio griego; muy bien, pero el arte, la filosofía y los logros del siglo V no existirían sin la llamada Grecia preclásica, a la que más bien habría que llamar la «gran Grecia», impregnada de un profundo espíritu religioso, guiada mucho más por el *mythos* que por el *logos* que dominaría más tarde. No deja de repetirse que el siglo XXI será religioso; quizá, pero la cuestión es saber de qué metal, de qué calidad será esa religión. Lo que se constata, en cualquier caso, es que todo período que ha visto un retorno al *mythos* tras el predominio de un *logos* necesariamente racionalista —y, por tanto, reduccionista— ha estado marcado por un renacimiento en las letras, las artes e incluso los logros materiales y políticos. Del mismo modo que la teología discursiva es el sello de los períodos de declive y la mística el de los momentos de apogeo, también las épocas marcadas por un carácter sagrado indiscutible han sido, por lo general, períodos de prosperidad, de afirmación y de conquista. Por lo tanto, no es descabellado pensar que todas las fuerzas que se empeñan en negar o combatir lo sagrado en nuestros días son las mismas que trabajan por la disolución de la civilización, por la pérdida de la identidad de Occidente y por el debilitamiento interno de los pueblos que lo constituyen. Porque, hay que ser muy conscientes de ello, es a este nivel, a esta altura, donde se libra la batalla. «Nunc est tempus acceptabile», dice el apóstol; sí, es hora de despertar de nuestro letargo, pues a nuestra generación se nos pedirá cuentas de lo que hayamos hecho con lo sagrado de lo que aún conservamos memoria, nosotros que quizá seamos los últimos que aún hemos sabido lo que eso significa.